622
C
PR4699
.F16
R48

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

LA CASA ROJA

CAPÍTULO I

Cruce de trenes

Cuéntase que hay hombres que reciben impávidos la noticia de los más duros reveses de fortuna, ó presencian el aniquilamiento de sus más queridas esperanzas, sin que la contracción de un solo músculo revele la intensidad de su dolor. Puede admitirse y aun explicarse la existencia de tales individuos, recordando que las grandes calamidades dejan al hombre como aturdido, y que el orgullo es también uno de los mejores reactivos contra la postración que acompaña ó sigue al dolor. Pero lo que todavía no hemos hallado es un individuo cuyo estoicismo le permita soportar sin quejarse las provocaciones continuas, las pequeñeces irritantes de la vida diaria. El poseedor de semejante carácter sería cosa sobrehumana; y conste que si alguien llegase á descubrirlo nos negaríamos á creer en él hasta haber sometido su paciencia á una prueba decisiva, por ejemplo, la de haberle visto esperando, en noche de invierno, en la incómoda estación de Milton.

El empalme de Milton está en Vesire, y sabido es que

el Vesire se halla al Oeste de Inglaterra. A primera vista parece absurda la idea de que esa estación pueda tener importancia, ni poca ni mucha. Los trenes rápidos de la gran línea central pasan ante ella sin detenerse, como menospreciándola. El viajero que espera allí de noche vé una luz roja á lo que le parece ser grandísima distancia. Momentos después oye un rugido de fiera que pasa y tras él chirridos siniestros; envuélvele un torbellino que le obliga á apartarse cuanto puede del borde del andén y distingue por un segundo las siluetas confusas de los coches; su próxima mirada á la vía le muestra la luz colocada en el furgón de cola, á una milla de distancia. Entonces y sólo entonces comprende el espectador lo que significa un choque con el expreso.

Aunque esos trenes relámpagos desdeñan á Milton, hay otros muchos no tan rápidos que se detienen en aquella estación, porque de allí parte hacia el Sur de la línea central un ramal que lleva los viajeros á cierto punto de baños muy en boga; á la vez que por el Norte sale otra línea también corta pero utilísima, que recorre un fértil valle famoso por los ricos productos de sus lecherías; valle cuyo extremo ocupa antigua y tranquila ciudad, con iglesia catedral y demasiado importante para que el ferrocarril pudiera pasarla por alto. En estas razones de gran peso funda Milton la necesidad de su existencia. Hay también un pueblecillo que da su nombre al empalme, pero está ó se le supone á gran distancia, y como nadie sabe una palabra de él, bien podemos omitirlo en nuestro relato.

El empalme de Milton es temible. No parece sino que los trenes jamás llegan ni salen á tiempo. Estudia el viajero su itinerario con gran ahinco, y entra en la estación convencido de que á su tren le toca salir en seguida. Pero jamás sucede así; y los que ya conocen aquella estación se arman de paciencia, confiando en que la espera no dure más de veinte minutos y pidiendo á Dios que no pase de una hora.

La estación se halla á campo raso y los vientos parecen imitar á los trenes y cruzarse todos allí. No hay esquina que no barran ni rincón donde no soplen, y acaban por obligar al viajero á refugiarse en la sala de espera, cuyas blanqueadas paredes le disparan un texto bíblico, y donde no suelen faltar dos ó tres personas caritativas que demuestran la eficacia de la palabra santa formando con sus cuerpos una barrera infranqueable entre la estufa y el recién llegado. Cuando más mueven sus sillas una pulgada, con un ruido como de protesta contra semejante intrusión. Muy pronto empieza el viajero á comprender lo que significa una espera en Milton, y si es persona de costumbres morigeradas se alegra de que la estación carezca de cantina. La tentación de ahogar en ella las penas sería demasiado fuerte.

No eran muchas las víctimas que en cierta noche de Diciembre de 187... esperaban el tren descendente, al lado Norte del empalme. A excepción de los días de mercado en Barton, importante ciudad donde se vende gran parte de los productos del valle, el movimiento de pasajeros es escaso en el ramal de que hemos hablado. Sucede á menudo que el último tren no lleva más de dos ó tres personas, y en la noche á que nos referimos sólo un viajero parecía tener el derecho de echar pestes contra el administrador de la empresa. Pero el tren ascendente podía traer algunos más, y ese tren era precisamente el primero que se esperaba. Porque ya se sabe, en el empalme de Milton la vida se reduce á eso, á esperar un tren, ora procedente de tal ó cual punto, ora en dirección contraria.

La noche era fría y clara. Ya porque el viento no fuese tan penetrante como de costumbre ó porque aquel viajero único estuviese bien protegido contra el frío, es lo cierto que prefería el aire libre á las comodidades que pudiera ofrecerle el salón de espera. Sentado en una carretilla de equipajes, golpeaba el suelo con los pies para mantenerlos

en calor y fumaba como quien halla en el tabaco un amigo y un consuelo.

Lo único que por su aspecto podía colegirse era que no se trataba de un personaje ni de un mendigo. Su traje era bueno, pero no cortado á la moda; de grueso paño azul obscuro y con un abrigo ó chaquetón de los llamados de piloto, le daba cierto aire marino, si bien el hongo de fieltro disipaba en parte aquella impresión. No usaba guantes, porque sin duda el trabajo ó la intemperie habían endurecido sus manos; y cuando llevaba una de éstas á su pipa podía verse por la bocamanga el puño de una camisa de franela obscura. Gruesas y fuertes botas y una bufanda de lana anudada al cuello completaban su atavío.

La luz del andén, aunque escasa, permitía ver bastante bien los rasgos acentuados de su cara, no exenta de bondad; cara de hombre sagaz, no de un malvado. En su barba poblada y corta aparecían algunas canas, aunque no debía tener mucho más de cuarenta años.

Sentado en la carretilla, seguía taconeando con impaciencia muy natural; y como se le apagara la pipa, sacó una navaja y un pedazo de tabaco en pasta, del que cortó suficiente cantidad de obscuros fragmentos para volver á llenar su pipa. Pasaba en aquel momento un mozo de estación con una linterna y el desconocido le pidió fuego. En sus palabras se notaba el ligero acento americano de las personas que sin ser naturales de los Estados Unidos han residido muchos años en aquel país. Ya bien encendido el tabaco en la linterna, dijo alegremente:

—Gracias, amigo. ¿Quiere Vd. también echar una pipa?

—Prohibido, fué la lacónica respuesta.

—Pues guárdese Vd. un pedazo en el bolsillo, que como éste me parece que no lo conseguirá Vd. en Inglaterra; y cortó un buen trozo de tabaco que el otro aceptó agradecido.

—Y ahora dígame Vd, continuó: esto de tener que esperar así en este agujero, ¿es necesario ó es sólo por molestar al público?

—Tren ascendente retrasado; saldrá en seguida que llegue, contestó el mozo empleando la frase de cajón.

—Bonita empresa, refunfuñó el viajero. ¿Conoce Vd. los alrededores? ¿Dónde está la Casa Roja? Allá me dirijo.

El mozo volvió á mirarlo, y diciéndose para sus adentros que su interlocutor distaba mucho de ser un personaje, le preguntó:

—¿Qué va Vd. á buscar á la Casa Roja? Está á medio camino entre Braley y Lomer, caballero. Lo mejor es ir hasta Lomer.

—Eso es lo que yo quería saber. ¿Supongo que llegaremos á Lomer esta noche?

—Tren ascendente señalado, dijo el mozo bajando del andén y cruzando prontamente la vía.

El tren conducía tres ó cuatro pasajeros, cuyo destino parecía ser el mismo que el del viajero que allí esperaba. Pasaron al otro lado de la vía y todos menos uno entraron en la sala de espera. Era evidentemente personaje de alguna importancia. El mozo á quien ya conocemos le siguió obsequioso, llevándole su maleta y manta de viaje y el jefe de estación dejó su oficina para saludarle con gran respeto. El desconocido era alto y erguido, de unos cincuenta años, de buena presencia y todo un caballero á juzgar por su porte. A ningún mozo de estación, por muy zote que fuera, se le ocurriría jamás contestar á una pregunta suya con otra. Bien cierto es que una de las mejores dotes que puede tener un hombre es la buena presencia, á la cual le deben su fortuna un número mucho mayor que el de los que la han conquistado con su inteligencia. El recién llegado contestó con un breve saludo al del jefe de estación.

—¿Por qué no da Vd. la señal de salida? preguntó imperiosamente.

—El expreso tiene que pasar antes y hay que desviar unos cuantos vagones de carga.

—Esta estación se va poniendo cada día peor. Apelaré á la empresa é insistiré en que se reforme el servicio.

La manera cómo pronunció las palabras «apelaré» é «insistiré» pareció caer muy en gracia al sujeto sentado en la carretilla. Se rió por lo bajo y volviéndose hacia su amigo el mozo que estaba de pie á su lado, le dijo en voz queda:

—Me hace feliz la manera de hablar de este señorón. ¿Quién es?

—El señor Felipe Tremaine Bourchier, Miembro del Parlamento, contestó el mozo con entonación respetuosa.

El viajero de la carretilla se estremeció ligeramente, é inclinándose procuró ver bien el rostro del diputado á la escasa luz del andén, mostrando interés tan marcado, que el mozo se sintió más satisfecho todavía de cargar el equipaje de persona tan distinguida.

Su interlocutor siguió mirando al señor Bourchier, quien se paseó de arriba abajo por el andén hasta que el empleado le anunció que el tren iba á salir, lo condujo á su coche y después de instalarlo cómodamente se retiró, sin duda bien gratificado. El pequeño grupo de pasajeros de tercera salió de la estación y los que lo formaban ocuparon sus asientos en el tren. En aquel momento pareció ocurrírsele una idea repentina al viajero que esperaba el tren descendente y corrió al despacho de billetes. La venta de éstos había terminado y la ventanilla estaba cerrada. Llamó, pero no obtuvo respuesta, y al volver al andén se encontró con el mozo de estación.

—Quiero cambiar mi billete, le dijo.

—No hay tiempo para cambiar billetes. El tren ha arrancado ya. Ande Vd. listo si no quiere quedarse aquí toda la noche.

En efecto, el tren emprendía su marcha. El viajero cogió su maletín, corrió hacia el tren y abriendo la portezuela del primer coche que alcanzó saltó en él, con desprecio de los reglamentos. Esto ocurrió en un instante, pero le

bastó para cerciorarse de que había ebtrado en el compartimiento inmediato al que ocupaba el señor Bourchier.

—Siempre con tan mala suerte, se dijo. ¿Por qué no pensé ante todo en cambiar mi billete? ¿Por qué no entré en el mismo coche que él, aun sin billete? Aunque en tal caso supongo que me hubiera hecho arrojar del tren. Pero tengo que verlo esta noche, de un modo ú otro. Le oí decir al empleado de la estación que le guardase su maleta, porque se proponía tomar otra vez el tren mañana temprano. De modo que no podré verlo y será viaje perdido. Si trato de hablarle cuando baje del tren no me hará caso.

El viajero se agitó en su asiento y lanzó una mirada furiosa al tabique que le separaba del señor Bourchier. Bajó el cristal de la ventanilla y á la luz de la luna vió pasar rápidamente los objetos inmediatos á la vía.

—¿Por qué no? se preguntó. El tren no va muy aprisa, y después de todo no es más que un paso. Supongo que no la emprenderá á tiros conmigo; los ingleses no suelen hacerlo sin previo aviso. Algo imprudente es, pero allá voy. Sin embargo, veamos antes si todos mis papeles están seguros.

Desabotonó su recio capote y se convenció de que en el bolsillo interior del mismo tenía una abultada cartera negra. Volvió á abotonarlo cuidadosamente y anudando bien su bufanda, abrió la portezuela. La luna le permitía ver el estribo y hacía brillar las agarraderas de latón. Hombre vigoroso, tenaz y confiado en sí mismo, juzgó cosa trivial el peligroso paso de un coche á otro. Salió, y asiéndose al tirador logró volver á cerrar la portezuela.

Supongo que cuando un viajero se halla solo en un compartimiento del tren, con su manta de viaje sobre las rodillas, un cigarro en la boca y el pensamiento vagando á leguas de distancia, pocas cosas pueden sobresaltarle más que el oir de repente unos golpes dados en el cristal de la ventanilla, de la parte de afuera, y ver reflejado en él no su propio perfil, que siempre le acompaña, sino el rostro

de otro hombre. Nada tenía de tímido Bourchier, pero fácil es comprender el movimiento de terror que se le escapó. Por unos segundos miró inmóvil al intruso, pero como los golpes en el cristal continuaban, acabó por arrojar á un lado su manta de viaje y poniéndose de pie se acercó á la ventanilla. Pero antes sacó un objeto del bolsillo del pecho y lo trasladó al bolsillo exterior del abrigo, donde lo tenía más á la mano. Entonces bajó el cristal.

—¿Qué hace Vd. ahí? preguntó. Si proyecto Vd. un robo se ha equivocado de víctima.

El presunto ladrón se rió de tan jovial manera que los temores de Bourchier desaparecieron por completo.

—Lo mejor será dejarme entrar, dijo el visitante, y entonces le explicaré á Vd. cómo y por qué estoy aquí.

Aunque nadie tiene el derecho de ponerse en tal predicamento, es lo cierto que la posición de aquel hombre, asido al exterior de un coche de ferrocarril, era demasiado peligrosa para entrar en explicaciones. Bourchier, sin añadir palabra, se hizo á un lado y el recién llegado entró por la ventanilla de la manera más prosaica imaginable y se sentó sonriéndose triunfalmente al ver que el éxito había premiado sus esfuerzos.

Bourchier era hombre con quien pocos se permitían mucha franqueza. Torvo el ceño, duras las líneas de su boca, sus claros ojos azules tomaban á veces una expresión cruel. Los vagabundos y los cazadores furtivos á quienes su mala suerte hacía comparecer ante los jueces y que conocían el distrito, se felicitaban cuando Bourchier no figuraba en el tribunal. Con esto podrá imaginarse el lector la mirada que lanzó al desconocido y el acento nada dulce con que le dijo:

—Ahora, señor mío, sírvase Vd. explicarme lo que significa esta intrusión; á no ser que prefiera Vd. hablar ante el jefe de tren en la próxima parada.

El recién llegado se inclinó ligeramente.

—Señor Bourchier, dijo sin el más leve indicio de ironía

y por lo contrario, con una seriedad que sorprendió á su oyente; en el empalme supe quién era Vd. Le oí decir que pensaba irse mañana. Yo vengo de muy lejos para hablar con Vd. de un asunto importante...

—Muy importante debe ser, cuando arriesga Vd. su vida por obtener una entrevista, dijo Bourchier con sarcasmo.

—Es importante, en efecto. ¿Quiere Vd. que le diga quién soy?

—No es necesario. Nadie puede conducirse de la manera que lo ha hecho Vd. sin justificar su conducta ante la autoridad. A su debido tiempo sabré el nombre de Vd.

El rostro del desconocido enrojeció y sus labios se movieron como para dar una violenta respuesta; pero se contuvo y dijo con voz casi tan tranquila como la de su interlocutor:

—Si me hubiese usted preguntado mi nombre hace doce meses, le hubiera respondido que no lo tenía. Hoy me llamo Juan Bourchier y soy el legítimo dueño de la finca y terrenos de la Casa Roja, en Vesire.

Por fortuna para Felipe Tremaine Bourchier, no era él de los que reflejan en la palidez ó en el enrojecimiento súbitos de su rostro las emociones que los agitan. Pero al oir aquellas palabras sus mejillas de ordinario pálidas quedaron blancas como la cera. Permaneció algún tiempo sin poder hablar, y sólo un vigoroso esfuerzo le devolvió el aplomo que rara vez le abandonaba. Quizás contribuyera también á ese resultado la mirada triunfante de su compañero, á quien dijo con toda dignidad:

—Sin negar que sea usted la persona que se cree autorizada para llevar ese nombre, espero que por su propio interés no intentará usted renovar tan absurda reclamación.

—No dudo, señor Bourchier, que conoce usted todos los trámites anteriores de este asunto, como que forman parte

de la historia de su familia. Usted sabe lo que falta, que es también *lo único* que falta.

El interpelado se inclinó friamente.

—En tal caso sólo me resta decir á usted que eso que faltaba ha sido hallado. Los esfuerzos de mi pobre padre, las investigaciones que llevó á cabo durante toda su larga vida tuvieron por fin buen resultado. Yo creo que la alegría producida por ese descubrimiento fué la causa de su muerte.

Su oyente palideció una vez más.

—¿Por qué venirme á mí con eso?—dijo con enronquecida voz.—Lleve usted sus papeles falsificados á un picapleitos, que se encargue de traficar con ellos.

—Aborrezco á los curiales. Yo soy hombre llano y franco. Jamás he perdido la cabeza con lo que mi anciano padre llamaba sus derechos, y la verdad es que ni siquiera he creído en ellos hasta hace poco tiempo. Además, el asunto es tan claro que no requiere la intervención de abogados. Usted es hombre inteligente, señor Bourchier; dígame usted si se necesita mucha ciencia legal para comprender que este pedazo de papel me hace dueño de la Casa Roja.

Al hablar así sacó de su cartera un documento estrecho y largo y lo puso en manos de Bourchier. Toda la altivez de éste no pudo impedir que su mano temblase cuando, de pie y puesto el papel bajo la lámpara del coche, empezó á leerlo. Temblaban sus labios y sólo la idea de que el documento podía ser una copia le impidió hacerlo pedazos. Lo leyó una vez más y devolviéndolo á su dueño volvió á sentarse sin pronunciar palabra.

Su compañero de viaje esperó á que hablase y entre tanto le contempló desde su asiento, algo curioso, sí, pero sin asomo de mala voluntad Bourchier no parecía muy dispuesto á reanudar la conversación. Los muchos pensamientos que agitaban su mente, cualesquiera que fuesen, daban á sus fríos ojos azules una expresión siniestra que

pocas personas habían visto antes en ellos. Su mano derecha desaparecía en el bolsillo de su abrigo.

El que decía llamarse Juan Bourchier había corrido peligros durante su vida, pero se hallaba lejos de pensar que nunca había sido el riesgo tan inminente como en aquel momento. Tampoco sospechó lo mucho que significaba para él la coincidencia de que el tren empezase á detener su marcha precisamente en aquellos instantes, sin dar tiempo á Bourchier para tomar una resolución. Ni soñó siquiera que su silencioso compañero pesaba mentalmente las probabilidades á favor y en contra de un crimen, preguntándose si la tentativa hecha por un hombre humildemente vestido de entrar por fuerza en un compartimienro de primera clase justificaría ó no un acto de extrema violencia por su parte. Así lo creía él, pero para realizarlo necesitaba algún tiempo y éste le iba faltando. Aunque su mano se agitaba en el bolsillo del abrigo, tenía que averiguar otra cosa antes de decidir si su teoría era ó no sostenible. En el momento mismo en que iba á formular una pregunta, la velocidad decreciente del tren le demostró que ya era demasiado tarde.

Mordióse los labios y retirando la mano derecha del bolsillo, empezó á plegar su manta de viaje.

—Estamos en Braley,—dijo fríamente.—Yo me apeo aquí.

—Pero, señor Bourchier,—exclamó su acompañante con viveza,—nos veremos por la mañana y arreglaremos el asunto.

—Prefiero no hacerlo. No creo que pueda conducir á nada.

—Si de mí depende, señor mío, prefiero llegar á una solución amistosa.

El tren se había detenido casi por completo y al dejar su asiento el señor Bourchier vagaba en sus ojos una mirada vaga é indefinible. Habló, pero su voz era ronca, su timbre no tan claro de costumbre:

—Pues bien, le veré otra vez. Venga usted temprano. ¿Dónde pasará usted esta noche?

—Pensaba ir á Lomer.

—Mejor es ir á Renton. Está cerca de mi residencia y hay allí una posada muy buena.

—¿Cuánto dista de aquí?

—Unas seis millas. Si usted gusta le llevaré en mi carruaje.

—¡Eso es lo que se llama una oferta cordial! Es usted muy amable. Demasiado sé yo que arreglaremos el asunto satisfactoriamente.

Y le presentó su gran mano abierta, en prenda de amistad.

Felipe Bourchier se limitó á poner en ella las puntas de los dedos, retirándolos precipitadamente al presentarse un empleado de la línea, que abrió la portezuela y saludó al personaje al salir éste del coche.

Su compañero le siguió.

—Entré en ese coche por equivocación,—dijo en respuesta á una mirada interrogadora del empleado.—Aquí tiene usted un chelín; guárdese la vuelta.

Y fué en busca de su maleta que se había quedado en el primer coche en que entró.

Fuera de la estación esperaba al señor Bourchier un apuesto lacayo con un coche de los llamados *dog-cart*. Por regla general, cuando usaba el carruaje de noche, el lacayo se sentaba al lado de su amo, lo cual hacía más igual y más suave el movimiento del vehículo.

—Abre el asiento de atrás, Guillermo, y siéntate en él, —dijo el señor Bourchier.—He ofrecido á un viajero llevarlo hasta Renton,—agregó, aunque de ordinario no solía dar razón alguna para justificar sus órdenes.

El viajero aludido salió entonces de la estación.

—Puede usted sentarse á mi lado,—le dijo el personaje con esa inflexión especial de voz que emplean algunos al dirigirse á personas de posición muy inferior á la suya.

El viajero hizo lo que le decían. Entregó Guillermo las riendas á su amo y el carruaje corrió rápidamente por el camino de Renton. Llevaba encendido los faroles, pues aunque era noche de luna el camino estaba sombreado y obscuro á trechos.

CAPÍTULO II

Dos puntos de vista

El camino de seis millas que va de Braley á Renton es en extremo pintoresco, pero forma una cuesta tremenda. Al recorrerlo el viajero, deteniéndose aquí y allá en algunos de sus puntos más elevados, admira la hermosa vista del Vesire que desde ellos se obtiene y al propio tiempo no puede menos de compadecen á su caballo. El pobre animal, que á mayor abundamiento lleva medio tapados los ojos, es incapaz de participar de la admiración que el paisaje produce y su única esperanza estriba en que el viajero le tenga lástima y le permita tomarse todo el tiempo que guste y andar al paso que mejor le cuadre.

El tal camino es terrible. Al salir de Braley tiene un trozo bastante llano y en seguida empiezan las subidas y bajadas. Cuando el coche no se desliza por una pendiente va trepando una colina; y la peor de estas es la que hay á medio camino, llamada la Cuesta, pero mejor conocida por los que tienen que escalarla con el nombre de «Mata pulmones», expresivo mote que no necesita comentarios. Antes de llegar á la Cuesta se baja la pendiente de la Cuestecita, otro nombre que demuestra que las gentes del Vesire saben ser bromistas cuando quieren. Rodea luego el camino la base de la colina, elevándose gradualmente, harta que cansado al parecer de tan lentos progresos, forma un ángulo agudo y se lanza directamente á conseguir el fin deseado, que parece ser el de llegar á la cumbre

cuanto antes y bajar la Cuesta con tanta rapidez como verifica la subida.

Hasta el más palurdo sabe que los dos lados de un triángulo forman una línea mayor que el tercer lado. Y como los habitantes del Vesire no son nada zafios, existe desde tiempo inmemorial un sendero que partiendo de la base de la colina sube en zig-zag y permite á los caminantes ahorrarse, no sin trabajo, casi una milla de camino; así es que la mayor parte de ellos, de sesenta años para abajo y con buenos pulmones, toman invariablemente el sendero.

Guillermo era un mocetón de aspecto irreprochable, como debe serlo todo criado de casa grande, y obediente como tenían que serlo todos los criados de Felipe Bourchier. Sabía su obligación perfectamente y llegado el caso sabía demostrar también que no tenía pelo de tonto. Saltó muy satisfecho á la trasera del coche, no sin admirarse algo de que su amo hubiese admitido á un extraño en su compañía; también se figuró que éste no era gran cosa, á juzgar por las respuestas breves y secas de aquél cuando su acompañante le dirigía alguna observación muy natural sobre la comarca que recorrían. Pero aquello no era de la incumbencia del buen Guillermo, y cuando los que ocupaban el asiento delantero quedaron en silencio, no volvió á acordarse de ellos y se puso á pensar en sus propios asuntos.

El caballo bajó la Cuestecita, al pie de la cual el señor Bourchier lo detuvo.

—Vete á pie por el sendero, Guillermo.—dijo.—El caballo parece algo cansado.

El pobre muchacho tocó el ala de su sombrero y echó pie á tierra con prontitud y buena voluntad aparente que estaba muy lejos de sentir. Por regla general, á los lacayos no les gusta andar, como si sus piernas estuviesen destinadas á más altos fines. Además, aquello era un capricho del amo; el caballo, fuerte y ágil, hubiera podido tirar

sin dificultad de un faetón lleno de gente y llevarlo hasta la cima.

Así es que Guillermo comenzó su tortuosa ascensión convencido de que se le había hecho víctima de una arbitrariedad.

A no haberse mostrado Bourchier tan solícito por su caballo y haber seguido Guillermo á la trasera del coche, habríase sorprendido al oir á su amo romper el silencio voluntariamente por primera vez desde que salieron de Braley, y preguntar á su acompañante, sin más preámbulo:

—¿Tiene usted hijos varones?

Y hubiera oído también cómo el desconocido, irritado sin duda por el tono de superioridad que hasta entonces había asumido Bourchier delante de su criado, se limitó á contestar secamente:

—No.

Claro está que Guillermo no oyó nada de esto. De lo contrario le hubiera extrañado grandemente aquel vivo interés de su amo por la vida y milagros de su nuevo amigo. Pero ya el lacayo subía jadeante la pendiente en zigzag, descansó en la cima donde terminaba el sendero y después volvió á tomar la carretera. Ya que lo habían dejado á pie, se dijo que bien podía continuar andando un trecho y ahorrarle carga al caballo. Miró hacia atrás atentamente varias veces y por fin divisó la luz de los faroles del *dog-cart*. Dió un suspiro de satisfacción y siguió andando á un lado del camino, con la esperanza de que su amo parase el coche para dejarle subir. Pronto oyó el ruido de las ruedas y de los cascos del caballo y preguntándose qué mosca habría picado al señor para hacerle emprender tan furiosa carrera, se detuvo con el propósito de llamarle, si necesario fuese. Hasta que el coche llegó casi á su lado no advirtió que iba vacío.

Ya no era tiempo de detener el caballo y se quedó plantado como un poste, según explicó él mismo después, mi-

rando al vacío vehículo alejarse á la carrera, «El hombre se cuida á sí mismo, pero los caballos no,» era un axioma inédito del buen Guillermo; así es que sin más vacilaciones se lanzó en seguimiento del fugitivo corruaje. Y al hacerlo no obraba tan tontamente como parece á primera vista, pues se decía que todo caballo medianamente listo comprendería pronto la locura de subir á escape la cuesta de «Mata pulmones»; y aquel caballo, según él, se lo tenía muy sabido, era de los listos. Guillermo estaba en lo cierto, pues cuando ya iba á faltarle la respiración y sus piernas parecían próximas á desprendérsele del cuerpo, paralizadas por el inusitado ejercicio que se las imponía, alcanzó al *dog-cart*, inmóvil en medio del camino. El caballo, casi tan derrengado como su perseguidor, se limitaba á sostener el peso del vehículo para evitar que éste á su vez se vengase arrastrándolo á él cuesta abajo. Todo parecía intacto, pero el látigo había desaparecido.

Guillermo asió las riendas, subió al pescante y volvió camino atrás. No habiendo sufrido averías caballo ni carruaje, no creía que los ocupantes de éste anduviesen muy malparados, pero importaba cerciorarse de ello cuanto antes.

Maquinalmente cogió la manta, que se hallaba bajo sus pies, y la extendió sobre las rodillas. Entonces descubrió Guillermo una cosa extraña, que no pudo explicarse jamás; notó que el borde de la manta estaba mojado y después de extenderla vió que también lo estaba su guante. Inclinóse, acercó la mano al farol y su imperturbable calma desapareció al ver que el grueso guante estaba cubierto de sangre.

—¡Ha sucedido una desgracia! —exclamó.—¡Un accidente horrible!

Y asustado de veras, bajó la pendiente más rápidamente de lo que jamás se había atrevido á bajarla, acusándose de no haber ido en busca de las personas en lugar de

correr tras el caballo, aunque consolándose con la idea de lo útil que sería el carruaje en aquellas circunstancias.

Iba mirando atentamente al camino, pero nada vió hasta llegar á unas cien varas del ángulo agudo donde hemos dicho que comienza la gran pendiente. Allí, iluminada por la luna, divisó una figura alta, erguida, de pie junto á un bulto obscuro tendido en el camino. Guillermo se alegró de ver que por lo menos su amo estaba vivo y al parecer ileso.

Detuvo el caballo y la luz del farol le mostró el rostro pálido y severo del señor Bourchier. Tenía el sombrero abollado, el obscuro abrigo cubierto de polvo y su aspecto en general era el de un hombre que acaba de sostener una lucha.

—¿Un percance, señor?—preguntó Guillermo despavorido, pero sin olvidarse de llevar la mano al ala del sombrero.

—No, mucho peor, —dijo el señor Bourchier con voz grave y solemne. - He tenido que pegarle un tiro á ese hombre.

—¡Pegarle un tiro!—repitió el lacayo asombrado.

—Trató de robarme, de asesinarme según creo,—continuó su amo con la misma grave entonación.—Tuve que hacerlo en defensa propia. Dios me perdone si he procedido precipitadamente.

—¡Amén!—exclamó Guillermo.—¿Desea el señor que vaya á Renton en busca del comisario?

—Mucho me temo que el comisario nada tenga que hacer aquí. El pobre diablo está muerto.

Guillermo no volvió á chistar y esperó órdenes. Su amo tomó uno de los faroles del coche y se inclinó sobre el cuerpo. Púsole la mano sobre el corazón, é incorporándose dijo:

—Está muerto. Da vuelta al coche y hazlo retroceder hasta el borde del camino, al pie del ribazo. Después baja y ayudame; aquí no podemos dejarlo.

Guillermo obedeció temblando, á la vez que admiraba la firmeza de ánimo de su señor.

—Dame la manta del coche,—dijo éste.

—Está llena de sangre, señor.

—Tontería,—dijo enérgicamente.—Y si la hay, es sangre mía. Venga la manta.

Guillermo la tomó por su borde inferior y se la entregó á su amo, quien la extendió sobre el cadáver.

—Ahora levántale y ponle en el coche como puedas. Busca una cuerda y átalo atrás.

Mientras realizaban aquella fúnebre tarea Bourchier conservaba toda su serenidad, pero las manos de Guillermo temblaban de tal modo que apenas pudo ayudar á su amo.

—A ver si encuentras una navaja que debe estar por ahí, por el camino,—le dijo éste.

Obedeció Guillermo y no tardó en hallar una navaja abierta, la misma que sirvió al desconocido para cortar su tabaco cuando esperaba en la estación de Milton, y se la llevó á su amo.

—Ponla como está debajo del asiento del pescante y después ve con el coche á Renton y llama al comisario de policía. El te dirá lo que hay que hacer.

—¿Qué hará el señor?

—Iré á pie,—dijo éste brevemente.—Despacha cuanto antes y déjame uno de los faroles.

Al entregárselo, Guillermo no pudo menos de exclamar:

—¡Qué suerte que el señor tuviera consigo su revólver!

—Sí por cierto. ¿No oiste el disparo? El caballo se asustó y salió á escape.

—El viento soplaba cuesta abajo, pero me pareció oir un tiro. No me fijé mucho en ello porque, como el señor sabe, abundan los cazadores furtivos.

—Bueno, anda; y que procures encontrarte conmigo en el camino cuando vuelvas.

Guillermo tomó el látigo, que había hallado roto en dos pedazos cerca del lugar de la tragedia, cruzó con él los lomos del caballo y partió lo más rápidamente que pudo, ansioso de librarse de aquel bulto horrible que divisaba á su espalda en el vehículo.

Bourchier se quedó solo, con el farol en la mano y al parecer sin prisa ninguna por abandonar aquellos parajes. Quizás tenga cierta extraña fascinación el lugar donde se ha arrancado una vida humana; quizás, y esto parecía lo más probable, hubiera perdido Bourchier algún objeto de valor durante la lucha. Farol en mano, comenzó á buscar, trazando círculos que fueron extendiéndose gradualmente hasta incluir el camino en toda su anchura. Rebuscó después entre la maleza de ambos lados y miró á las ramas inferiores de los árboles, pero no halló lo que deseaba. Entre sus apretados dientes se deslizó una blasfemia y después tomó la dirección de su casa con vivo y seguro paso.

Antes de haber recorrido tres cuartas partes del camino le alcanzó Guillermo que volvía de desempeñar su triste misión. Con él regresó en el coche hasta su casa, cuyos moradores ignoraban por completo el trágico suceso de aquella noche y cuán cerca había estado el jefe de la familia de perder la vida bajo el puñal de un asesino. Al apearse del coche dijo á Guillermo:

—Se hará una investigación judicial de este asunto. Hasta entonces procura hablar de él lo menos posible.

El lacayo saludó y condujo el *dog-cart* á las cocheras, pensando en los extraordinarios acontecimientos de aquella agitada noche.

Existía otro hombre que también había presenciado extraños sucesos aquella misma noche, pero desde un punto de vista muy distinto al de Guillermo. Vivía el tal sujeto en una miserable cabaña del barrio más pobre de Renton;

y á pesar de la sordidez de su vivienda había quien se admiraba de que pudiese pagar el mísero alquiler, porque á Jaime Estoques, ó «Jim» como todos le llamaban, rara vez se le veía trabajar. Pertenecía á esa clase de individuos á quienes vemos siempre acompañados de perros de caza, hurones, etc., y cubierta la cabeza con una de esas gorras ó casquetes de piel con cuádruple visera, á modo de aletas dobladas hacia arriba en dirección de los cuatro puntos cardinales. De día holgazaneaba fumando su pipa, osado y fanfarrón; pero al caer la noche, cuando salía de su casucha, era el hombre más asustadizo y retraído que imaginarse pueda. Precisamente aquella noche estaba haciendo una de sus cautelosas excursiones y se hallaba cerca del ángulo agudo formado por el camino en la Cuesta, cuando vió acercarse las luces de un carruaje. Su natural timidez nocturna le hizo lanzarse de cabeza en la maleza que cubre aquella colina y allí se quedó tendido á la larga, ansiando poder dedicarse con tranquilidad á sus propios asuntos y observando el paso del carruaje. Entonces empezaron sus descubrimientos.

Y empezaron con un disgusto, pues el caballero alto que guiaba el coche lo detuvo justamente frente al punto donde se hallaba Estoques de bruces bajo su matorral. Después dirigió la palabra á su compañero, sin que Estoques pudiera oir lo que decían, y sólo vió que el otro movía la cabeza negativamente. Entonces el caballero alto miró arriba y abajo del camino y aun á los lados del mismo, y el bueno de Estoques tembló ante aquella mirada del temido magistrado.

Pero éste no le vió, y ya disipaba su alarma oyó las palabras «encender un cigarro»; aunque el caballo seguía inmóvil, vió que las riendas pasaban á manos del más bajo de los dos viajeros. Entonces ocurrió la cosa más inesperada del mundo; el señor Bourchier se llevó la mano al bolsillo como para sacar una caja de fósforos, pero de repente brilló una llama, sonó una detonación y el más bajo

de los dos hombres quedó vacilando en su asiento, á la vez que lanzaba un doloroso gemido. Un momento después cayó su cuerpo al camino, con sordo golpe. Por razones de su oficio, á Estoques se le importaba un bledo la mirada de angustia de una liebre moribunda ó de cualquier otro animal; pero la última mirada del hombre caído, como él la vió á la claridad de la luna que iluminaba su rostro, le heló la sangre en las venas. Corría el sudor bajo la peluda gorra del cazador furtivo y le parecía todo aquello un horrible sueño. Tan aterrado estaba que no notó cómo el moribundo, aprovechando el resto de vida que le quedaba, se llevó la mano al pecho y sacando un objeto obscuro lo arrojó lo más lejos que pudo. Todo lo sucedido hasta entonces era inexplicable para el oculto testigo. Pero cosas más raras debían suceder todavía.

Desdeñando su propia seguridad, habíase arrastrado entre la maleza como una serpiente, hasta llegar casi al borde del camino, á pocas varas de la víctima.

Vió entonces al señor Bourchier tomar uno de los faroles del coche, inclinarse sobre el muerto, con una expresión de horrible regocijo en el rostro y volver á colocar el farol en su lugar. Le vió después desabotonar el chaquetón de su víctima, registrarle los bolsillos y sacar una navaja que abrió y lanzó al camino. Vióle volver á registrar los bolsillos, y no se le escapó á Estoques el movimiento convulsivo de los labios, que delataba, como él sabía por experiencia propia, la serie de juramentos con que el magistrado desahogada su colera. Le vió tomar del fondo del coche un bulto que llevó al lado del camino, hasta un punto donde ya no alcanzaban las miradas de Estoques, y volver con las manos vacías. Tomó en seguida la fusta y dió un fuerte latigazo al caballo, que se lanzó furiosamente cuesta arriba; rompió el látigo en dos pedazos y los arrojó al camino. Después hizo lo que en otras circunstancias hubiera obligado á Estoques á reirse á carcajadas; abolló á puñadas su sombrero y tendiéndose en el camino

se revolcó en el polvo. Esta última ocurrencia fué tan sorprendente, que el oculto espectador apenas se dió cuenta de que Bourchier volvió á recoger la navaja y se entregó con ella y su traje á una misteriosa operación antes de arrojar otra vez el arma al suelo. Un ruido de ruedas anunció entonces la aproximación del coche, y la natural modestia de Estoques, de que ya hemos hablado, le obligó á retirarse á prudente distancia, arrastrándose siempre; mas no fué á detenerse tan lejos que no viese todo lo que vió Guillermo y aun algo más que ocurrió después de marcharse éste, como sabe muy bien el lector.

Cuando todo se terminó se sintió Estoques tan sorprendido y trastornado que le fué imposible dedicarse á su ocupación habitual aquella noche y regresó á su choza de Renton, revolviendo mil ideas confusas en su mente é incapaz de darse cuenta clara de lo ocurrido.

CAPÍTULO III

Noticia genealógica y gentes de antaño

Empezaremos por hablar de Roberto Bourchier. Como él mismo hubiera podido decir muy poco de su padre y nada de su abuelo, no habrá inconveniente alguno en tomar su nombre como punto de partida. Después de Roberto Bourchier todo es historia; antes de él fábula y tradición que nada nos importan.

Este Roberto, de origen francés probablemente, reunió una gran fortuna. Ganó su dinero en el comercio, en la primera ciudad marítima del Oeste de Inglaterra; y aunque sus descendientes se vanaglorian de que hizo todo su capital en honrosas transacciones comerciales, no faltan malas lenguas que lo atribuyen al tráfico de esclavos. Sea como fuere, su fortuna alcanzó respetables proporciones y en 1750 le permitió retirarse de los negocios y comprar la

gran propiedad de Casa Roja, en Vesire. El primer Roberto Bourchier murió en 1780.

A su primogénito, llamado también Roberto, le dejó en herencia la hacienda de Casa Roja, lo que permite suponer que dejó bien provistos de fortuna á sus otros hijos.

El segundo Roberto Bourchier hizo la vida de un próspero hacendado rural. La familia se relacionó bien y fué olvidándose aquella mancha de la trata que sobre ella pesaba, de suerte que antes de morir el segundo Roberto ya se les consideraba á él y los suyos como vecinos natos del distrito. Tuvo la fortuna de contraer matrimonio con una joven de buena familia. Aunque no una heredera, poco le importaba ese detalle á su marido, cuyas gruesas rentas le permitían economizar y hallarse por lo tanto en disposición de ir comprando y añadiendo á sus propiedades los terrenos colindantes siempre que se presentaba la ocasión. Con estas adiciones la finca de Casa Roja llegó á convertirse en una posesión magnífica.

Este Roberto dejó dos hijos, Daniel y Esteban, y tres hijas que se casaron y fueron á vivir en los hogares de sus esposos respectivos, donde las dejaremos.

Daniel, hijo mayor y heredero presunto, debió ser, según todas las apariencias, un muchacho de carácter débil y vacilante, que se descarriaba fácilmente y que dió mucho qué hacer á su familia. En los archivos de ésta existen todavía algunas cartas que demuestran cómo antes de cumplir él los veintiún años tuvo que sacarlo su padre de varios lances apurados. Sin embargo, poco antes de cumplir aquella edad se concertó su matrimonio con la hija de un hacendado vecino y el padre del novio se atrevió á esperar que con la vida terminarían las calaveradas de su primogénito. Aquel matrimonio no llegó á efectuarse. La joven rompió el compromiso, por razones ignoradas hasta la fecha, sin que tampoco haya podido saberse si Daniel tomó ó nó á pechos el rompimiento. Lo que sí consta es que dejó su casa, estuvo ausente unos dos años, regresó á